

tas respetadas por el sol, las sonrisas de las vírgenes, las almas de los niños muertos en la cuna... Todo llueve sobre vuestros blancos pies. Entonces subiré a vuestros labios, como llama sutil; entraré en vos por vuestra entreabierta boca y las bodas se efectuarán, en tanto que los arcángeles se estremerán con vuestra alegría. Ser virgen, amarse virgen, conservar en medio de los besos más dulces su blancura virginal. Poseer todo el amor, recostado sobre alas de cisne, en nube de pureza, en los brazos de una amada de luz, cuyas caricias son goces del alma! Perfección, ensueño sobrehumano, deseos que hacen crujir mis huesos, delicias que me asientan en el cielo!... ¡Oh, María, Vaso de elección, castrad en mí la humanidad, hacedme eunuco entre los hombres, a fin de entregarme sin miedo el tesoro de vuestra virginidad!

Y el padre Mouret, castañeteando los dientes, abatido por la fiebre, cayó desvanecido sobre el pavimento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, N.

LIBRO SEGUNDO

I

Delante de las dos anchas ventanas, las cortinas de indiana, cuidadosamente corridas, iluminaban la habitación con la blancura del amanecer. Era alta de techo, muy vasta, amueblada con antiguo estilo Luis XV, con las maderas pintadas de blanco y con flores coloradas sobre montones de hojarasca. En los entrepaños, encima de las puertas, a ambos lados de la alcoba, había pinturas que dejaban ver aun los vientres y los sonrosados traseros de los amorcillos volando a bandadas y jugando a juegos que ya no se podían distinguir; mientras que los enmaderados de las paredes, simulando tableros ovalados, las puertas de doble hoja, el redondeado techo, en otro tiempo de fondo azul celeste en encuadramientos de cartón, de medallones, de lazos de cinta de color claro, se desvanecían en un gris suave, un gris que conservaba la ternura de aquel paraíso marchito. En frente de las ventanas, la grande alcoba, abriéndose bajo enrolladas nubes, que amorcillos de yeso separaban,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

inclinados, tumbados, como para mirar descaradamente el lecho, estaba cerrada, así como las ventanas, por cortinas de indiana, cosidas a grandes puntos, resultando de una inocencia singular en medio de aquella estancia abrigada, respirando un lejano olor de voluptuosidad.

Sentada junto a una consola, en donde un perol se calentaba sobre una lámpara de espíritu de vino, Albina miraba atentamente las cortinas de la alcoba. Hallábase vestida de blanco, con los cabellos recogidos en una pañoleta de antiguo encaje, con las manos caídas, velando en la grave actitud de mujer ya formada. En aquel gran silencio, oíase una respiración débil, un aliento de niño amodorrado. Mas al cabo de unos minutos, la joven llegó a inquietarse; no pudo por menos de acercarse, a paso ligero, para alzar un extremo de la cortina. Sergio, a la orilla de la gran cama, parecía dormir, con la cabeza apoyada en uno de sus doblados brazos. Durante su enfermedad, sus cabellos se habían alargado y crecídole la barba. Estaba muy blanco, amoratados los ojos y pálidos los labios; aparecía con el atractivo de una joven convaleciente.

Albina, enternecida, dejó caer de nuevo el extremo de la cortina.

—No duermo—dijo Sergio con voz apenas perceptible.

Y permaneció con la cabeza apoyada, sin mover un solo dedo, como postrado por desfallecimiento feliz. Lentamente se le habían ido abriendo los ojos; respiraba suavemente sobre su desnuda mano, levantando el vello de su rubia piel.

—Te oía—continuó diciendo.—Andabas muy poquito a poco.

Y se sintió embelesada al oírse tutear así. Acercóse y se puso en cuclillas delante de la cama, para poner el rostro del enfermo a la altura del suyo.

—¿Cómo te sientes?—le preguntó.

Y Albina disfrutaba también con la dulzura de aquel "tú", que por primera vez aparecía en sus labios.

—¡Oh! ahora ya estás curado—repuso.—Sabes tú lo que he llorado por todo ese camino, cuando volvía de allá abajo con malas noticias... Decíanme que delirabas, que aquella maldita fiebre, si no acababa contigo, te haría perder la razón... ¡Y cómo abracé a tu tío Pascual, cuando aquí te traje para tu convalecencia!

E iba de una parte a otra de la cama, con cariño maternal.

—Ya ves, aquellas calcinadas rocas de allá abajo de nada podían servirte. Tú necesitas árboles, fresco ambiente, tranquilidad... El doctor ni siquiera ha dicho a nadie que te ocultaba aquí; es un secreto guardado entre él y los que te aman. Dábate por perdido... Vaya, nadie nos molestará. El tío Jeanbernat fuma sus pipas junto a sus hortalizas. Los demás irán teniendo noticias tuyas sin que nadie se entere. Ni el doctor volverá tampoco a venir, porque, a la hora presente, tu médico soy yo... A la cuenta, no tienes ya necesidad de drogas. Lo que necesitas es que se te quiera bien, ¿comprendes?

Parecía no entender, como si tuviese aún el cráneo vacío. Como sus ojos, sin que moviese la cabeza; pareciese que registraban, los rincones de la habitación, Albina se figuró que le causaba inquietud el lugar en que se encontraba.

—Este es mi cuarto—le dijo—y te lo he dado. Es bonito, ¿verdad que sí? Tomé los mejores muebles del desván; luego hice estas cortinas de indiana, para que la claridad no me cegase... En modo alguno me molestas. Dormiré en el segundo piso, todavía hay tres o cuatro habitaciones vacías.

Mas él permanecía inquieto.
—¿Estás sola?—le preguntó.

—Sí. ¿Por qué me haces esta pregunta?

Sergio no contestó, y murmuró como desazonado:

—He soñado y sigo soñando... Oigo campanas, y eso es lo que me fatiga.

Tras un instante de silencio, prosiguió:

—Ve a cerrar la puerta, echa el cerrojo; quiero que estés sola, enteramente sola.

Cuando volvió, trayendo una silla y sentándose a su cabecera, Sergio demostraba una alegría infantil, y repetía:

—Ahora no entrará nadie. No volveré a oír las campanas... Por lo que hace a ti, cuando hablas, me parece que descanso.

—¿Quieres beber algo?—le preguntó Albina.

Hizo un signo de que no tenía sed. Miraba las manos de la joven con sorpresa tal, tan embebecido de verlas, que ella adelantó una al borde de la almohada, sonriendo. Entonces él dejó deslizar la cabeza y apoyó la mejilla en aquella fresca manecita. Sonrióse ligeramente y dijo:

—¡Ah! Es tan suave como la seda. Diríase que envía aire a mis cabellos... No la retires, te lo suplico.

Después reinó un prolongado silencio. Mirábanse uno a otro con gran efecto. Albina se miraba apaciblemente en los ojos del convaleciente. Sergio parecía escuchar algo de vago y misterioso que aquella fresca manecita le confiaba.

—Tu mano es muy buena—prosiguió.—No puedes imaginarte cuánto bien me hace. Parece como si penetrara en el fondo de mi ser para llevarse los dolores que me atormentan los miembros; es una caricia por doquier, un alivio, una curación.

Y restregaba suavemente la mejilla y se animaba como si resucitase.

—Dime: ¿no me darás nada malo a beber, no me atormentarás con toda clase de medicinas?... Tu mano me basta. Aquí he venido para que la pongas así, bajo mi cabeza.

—Mi buen Sergio—dijo bajito Albina,—¿has padecido mucho, ¿no es verdad?

—¡Padecido! Sí, sí, pero ya hace mucho tiempo... He dormido mal, he tenido sueños espantosos. Si me fuera posible, te lo contaría todo.

Cerró un instante los ojos e hizo un gran esfuerzo de memoria.

—Todo lo veo negro—balbuceó.—Es singular; llego de un largo viaje; no sé siquiera de dónde partí. Tenía calentura, calentura que galopaba en mis venas como un caballo... Eso es, me acuerdo. Siempre la misma pesadilla hacía que me arrastrara, a lo largo de un subterráneo interminable. Cuando me acometían ciertos terribles dolores, el subterráneo, súbitamente se desvanecía; montones de guijarros se desprendían de la bóveda, los muros se estrechaban y me quedaba jadeante, acometido por la rabia de querer ir más allá; y llegaba al obstáculo, y trabajaba con los pies, con los puños, con el cráneo, desesperando de poder atravesar en toda la vida aquel desplome cada vez más considerable. Con frecuencia, después, bastábame con tocar con un dedo; todo se desvanecía y yo caminaba holgadamente, en la ensanchada galería, sin sentir ya nada más que la laxitud de la crisis.

Albina quiso ponerle la mano en la boca.

—No, no me cansa el hablar. Ya ves que te hablo al oído. Me parece que pienso y que tú me oyes... Lo más peregrino, en mi subterráneo, era que no abrigaba la menor idea de volver atrás; me obstinaba, mientras pensaba que me hacían falta millares de años para despejar uno tan sólo de aquellos hundimientos. Era aquella una tarea fatal, que debía llevar a cabo, so pena de las mayores desgracias. Con las rodillas acardenaladas, con la frente tropezando contra las rocas, empleaba un conocimiento lleno de angustia en trabajar con todas mis fuerzas, para llegar lo más prontamente posible. ¿A dónde?... No sé, no sé...

Y cerró los ojos, soñando, buscando. Después

hizo un gesto de indiferencia y se abandonó de nuevo en la mano de Albina, diciendo con una sonrisa:

—¡Qué estupidez! Soy un niño.

Pero la joven, para cerciorarse de que se hallaba en su cabal sentido, le interrogó y le atrajo a los confusos recuerdos que intentaba evocar. De nada hacía memoria y hallábase en realidad en una dichosa infancia. Parecíale haber venido al mundo el día anterior.

—¡Ah! aún no me siento bastante fuerte—dijo. —Mira, lo más lejano de que me acuerdo se contrae a un lecho que me abrasaba todo el cuerpo; movía la cabeza sobre la almohada como sobre un brasero; los pies se me descarnaban, de tanto rozar a la continua el uno contra el otro... ¡Ah! sentíame mal, muy mal. Figurábaseme que me cambiaban el cuerpo, que me lo quitaban todo, que se componía una máquina rota.

Esta palabra le hizo reír de nuevo. Y prosiguió:

—Voy a quedar enteramente nuevo. La enfermedad me ha limpiado, que es una bendición... Pero ¿qué es lo que me preguntabas? No, nadie había allí. Yo padecía completamente solo, en lo hondo de un agujero negro. Nadie, nadie. Y más allá, no hay nada, no veo nada... Yo soy tu hijo ¿lo quieres? Me enseñarás a andar. Ahora yo a nadie veo más que a ti. Lo que no seas tú, todo me es igual. Te digo que ya no me acuerdo; he venido, me has tomado y asunto concluído.

Y agregó, sosegado, cariñoso:

—Ahora tu mano está tibia; es buena como el sol... No hablemos más; me estoy calentando.

En la vasta habitación, un estremecedor silencio se desprendía del cielo azul. La lámpara de espíritu de vino acababa de apagarse, dejando al perol despedir un hilito de vapor cada vez más ténue. Albina y Sergio, ambos con la cabeza sobre la misma almohada, miraban las grandes cortinas de indiana corridas delante de las ventanas. Los ojos

de Sergio, sobre todo, se dirigían allí como al blanco manantial de la luz. En él se bañaba, como en pálida claridad, a la medida de sus fuerzas de convaleciente. Adivinaba al sol, tras de un trozo más amarillo de la indiana, lo que bastaba para curarle. A lo lejos escuchaba un constante movimiento de hojas; mientras que, en la ventana de la derecha, la verdosa sombra de una elevada rama, con claridad dibujada, le producía el inquietante ensueño de aquella selva que sentía tan cerca de él.

—¿Quieres que descorra las cortinas?—preguntó Albina, engañada por la fijeza de su mirada.

—No, no—se apresuró a contestar.

—Hace buen día. Tendrías sol, verías los árboles.

—No, te lo ruego... Nada quiero de afuera. Aquella rama que allí se ve me fatiga, con tanto moverse y brotar, como si estuviese viva... Deja tu mano, voy a dormir... Todo se ve blanco... Es bueno, muy bueno.

Y se durmió cándidamente, velado por Albina, que le mandaba su aliento al rostro, para refrescar su dormir.

II

Al día siguiente el buen tiempo se había echado a perder, y estaba lloviendo. Sergio, acometido de nuevo por la calentura, pasó un día de sufrimiento, con los ojos desesperadamente fijos en las cortinas, de las cuales tan sólo descendía una claridad de sótano, opaca, de un gris ceniciento. Ya no adivinaba el sol, buscaba aquella sombra de que había tenido miedo, aquella alta rama que, anegada en la pálida humedad del aguacero, parecía haberse llevado el bosque, desvaneciéndose. Allá a la tarde, agitado por un ligero delirio, gritó sollozando a Albina que el sol había muerto, que oía a todo el cielo y a toda la campiña llorar la muerte del sol. Albina tuvo que consolarle como a un niño, prometiéndole el sol, asegurándole que volvería y que ella se lo daría. Pero él se condolía también por las plantas; las semillas debían de sufrir bajo tierra, esperando la luz; tenían sus pesadillas y soñaban que se arrastraban por todo un subterráneo, detenidas por desplomes y luchando furiosamente para llegar al sol. Y se puso a llorar en más blando acento, diciendo que el invierno era una enfermedad de la tierra, que él iba a morir al mismo tiempo que la tierra, si la primavera no les curaba a ambos.

Todavía durante tres días el tiempo continuó horroroso. Terribles aguaceros rompían contra los árboles, con el lejano mugido de río desbordado. Furiosas ventoleras se estrellaban contra las ventanas, con encarnecimiento de gigantes olas. Sergio había querido que Albina cerrase herméticamente las maderas. Con la lámpara encendida, ya no existía para él el luto de las pálidas cortinas, ya no sentía el ceniciento cielo penetrar por las más pequeñas rendijas, llegar hasta él, como una polvareda que le enterraba. Dejábase llevar con los enflaquecidos brazos, con el pálido rostro, tanto más débil cuanto más enferma sentíase la campiña. En ciertas horas de negras nubes, cuando los retorcidos árboles crugían, cuando la tierra dejaba arrastrar sus hierbas bajo el aguacero, como cabellos de ahogado, pedía hasta la respiración, se moría como azotado también por el huracán. Después, a la primera clara, al menor asomo de cielo azul, entre dos nubes, respiraba y saboreaba la quietud de la hojarasca que se iba secando, de los senderos que blanqueaban, de los campos que se bebían su última bocanada de agua. Entonces Albina imploraba a su vez al sol; asomábase veinte veces a la ventana del rellano, interrogando al horizonte, dichosa al descubrir las menores manchas blancas, inquieta ante las masas de sombra, cobrizas, preñadas de granizo, temiendo la aparición de alguna nube demasiado negra que le matase a su querido enfermo. Hablaba de mandar por el doctor Pascual, pero Sergio no quería a nadie, y decía:

—Mañana tendremos sol sobre las cortinas y quedaré curado.

Una tarde en que se encontraba del todo mal, Albina le alargó la mano, para que en ella apoyara la mejilla; mas como la mano no le aliviara, púsose a llorar al ver su impotencia. Desde que había recaído en el sopor del invierno, Albina no se sentía lo bastante fuerte para sacarle por sí sola de las pesadillas con que luchaba; necesitaba de

la complicidad de la primavera. Con los brazos helados, corta la respiración, ella también languidecía, no sabiendo cómo comunicarle un aliento de vida. Durante muchas horas, iba de un lado a otro de la habitación, llena de tristeza. Cuando pasaba por delante del espejo, veíase negra y se tenía por fea.

Por último, una mañana, al alzar las almohadas sin atreverse a intentar todavía echar mano del interrumpido encanto de sus manos, creyó ver aparecer la sonrisa del primer día en los labios de Sergio, cuyo cuello acababa de rozar con las yemas de sus dedos.

—Abre las maderas—murmuró.

Albina se figuró que le hacía hablar la calentura, puesto que, una hora antes, no había distinguido, desde la ventana del rellano, sino un cielo enlutado.

—Duerme—le contestó tristemente;—te he prometido despertarte al primer rayo de sol... Sigue durmiendo, porque el sol no ha aparecido.

—Sí, lo siento, el sol está ahí... abre las maderas.

III

El sol estaba allí, en efecto. Cuando Albina hubo abierto los postigos, detrás de las cortinas, la radiante claridad amarilla calentó de nuevo un extremo de la blancura del lienzo. Pero lo que hizo a Sergio incorporarse en la cama, fué el volver a ver la sombra de la rama, que le anunciaba la vuelta a la vida. Toda la campiña resucitada, con sus verdores, sus aguas, su extenso círculo de colinas, se hallaba allí para él, en aquella verduzca mancha que se estremecía a la menor brisa. Ya no le volvía a inquietar aquella rama. Seguía su balanceo con avidez, necesitando las fuerzas de la savia que le anunciaba; y en tanto, Albina, dichosa, le sostenía en sus brazos, diciendo:

—¡Ah, mi buen Sergio, el invierno ha concluído!... Estamos salvados.

Volvióse a acostar, con viveza ya en los ojos, y con voz más clara:

—Mañana—dijo,—me encontraré muy fuerte... Descorrerás las cortinas; quiero verlo todo.

Pero al día siguiente vióse acometido por un miedo infantil. Nunca consentía en que las ventanas se abriesen de par en par. Murmuraba: "En seguida, después". Quedábase ansioso, con la inquietud de la primera impresión de luz que recibiría en los ojos. Llegó la noche y todavía no había podido adoptar la decisión de volver a ver el sol

cara a cara. Había permanecido con el rostro vuelto hacia las cortinas, siguiendo en la transparencia del lienzo, la pálida mañana, el ardiente medio día, el violáceo crepúsculo, todos los colores, todas las emociones del cielo. Pintábase allí hasta el estremecimiento que el batir de alas de un pájaro comunica al templado aire, hasta la alegría de los olores palpitantes en un rayo de luz. Tras de aquel velo, tras de aquel amoroso ensueño de la potente vida del exterior, sentía renacer la primavera. Y a veces hasta parecía que la respiración le faltaba un tanto cuando la afluencia de la sangre nueva de la tierra, a pesar del obstáculo de las cortinas, llegaba a él con demasiada rudeza.

Y, al siguiente día, dormía aún, cuando Albina, atropellando la curación, le gritó:

—¡Sergio, Sergio, aquí está el sol!

Descorrió vivamente las cortinas y abrió las ventanas de par en par. El se levantó, púsose de rodillas sobre la cama, sofocado, desfallecido, y con las manos apretadas contra el pecho, para impedir que se le destrozara el corazón. En frente de él veíase el inmenso cielo todo azul, un azul infinito; lavábase en él sus sufrimientos, abandonábase como en ligero balanceo y bebía en él dulzura, pureza, juventud. Tan sólo la rama, cuya sombra había visto, rebasaba la ventana y manchaba el cielo azul con vegetación vigorosa; y era ya aquello un rayo de luz sobrado fuerte para sus delicadezas de enfermo, que sentíanse injuriadas por el revoloteo de las golondrinas que se dirigían al horizonte. Renacía a la vida. Lanzaba imperceptibles e involuntarios gritos, anegado en la claridad, azotado por oleadas de aire tibio y sintiendo deslizarse en su interior todo un abismo de vida. Extendió las manos, descaeció y cayó sobre la almohada, perdiendo el sentido.

¡Qué feliz y dichoso día! El sol penetraba por la derecha, lejos de la alcoba. Sergio, durante toda la mañana le había visto adelantarse como a paso

lento. Veíale acercarse a él, rubio como el oro, esquivando los viejos muebles, jugueteando en los ángulos, deslizándose a veces por el suelo, semejante a un trozo de tela desenrollado; era como un andar lento, seguro, una aproximación de enamorada, estirando sus sonrosados miembros y encaminándose hasta la alcoba con rítmico movimiento, con lentitud voluptuosa que producía un loco deseo de su posesión.

Por último, allá a las dos, la cascada de sol dejó el último sillón, subió a lo largo de los cobertores y se esparció sobre el lecho, a la manera de una cabellera desanudada. Sergio abandonó sus enflaquecidas manos de convaleciente a aquella ardiente caricia; medio entornó los ojos y sintió correr por cada uno de sus dedos besos de fuego; hallábase como en un baño de luz, en un abrazo de astro. Y como Albina estuviese allí y se inclinaba sonriendo:

—Déjame—balbuceó con los ojos del todo cerrados;—no me aprietes más tan fuerte. ¿Cómo te arreglas para tenerme por tal modo y por tan completo, entre tus brazos?

Después el sol bajó de la cama y se dirigió a la izquierda con su amortiguado andar. Entonces Sergio le vió de nuevo girar, detenerse de mueble en mueble, con el sentimiento de no haberle retenido en su pecho. Albina se había quedado a la orilla de la alcoba. Ambos con un brazo pasado por el cuello, vieron cómo el cielo palidecía poco a poco. A ratos, un inmenso estremecimiento, parecía empalidecerle con emoción repentina. Las languideces de Sergio paseábanse en él más a su sabor, encontrando exquisitos matices que no había sospechado jamás. No era todo azul, sino azul sonrosado, lila, amarillo, de viviente carne, de vasta desnudez inmaculada, que un hálito hacía palpar como seno de mujer. Cada vez que miraba a lo lejos, ofrecíansele sorpresas, desconocidos rincones de la atmósfera, discretas sonrisas, redondeces adorables,

gasas ocultando en el fondo paraísos entrevistos de soberbios cuerpos de diosas. Y él se elevaba, con los miembros aligerados por el sufrimiento en mitad de aquella cambiante seda, de aquel inocente vello del etéreo espacio; sus sensaciones flotaban por encima de su ser desfallecido. El sol descendía, el azul se fundía en oro purísimo, la viviente carne del cielo amarilleaba aún, anegándose lentamente en todos los matices de la obscuridad. Ni una nube; tan sólo un desvanecerse de virgen que se acuesta, un desnudarse, no dejando ver sino una línea de pudor en el horizonte. El inmenso cielo dormía.

—¡Ah, niño querido!—dijo Albina contemplando a Sergio que se había dormido a su cuello, al mismo tiempo que el cielo.

Le acostó y cerró las ventanas. Pero al día siguiente, desde el rayar del alba, se encontraban abiertas. Sergio no podía vivir sin el sol. Adquiría fuerzas, se acostumbraba a las bocanadas de aire libre que hacía volar las cortinas de la alcoba. Pero hasta el azul, el eterno azul, comenzaba a parecerle sin gracia ni atractivo. Cansábale ser un cisne, una pureza, nadando eternamente en el límpido lago del cielo. Llegaba a anhelar una bandada de negras nubes, algún desplumamiento de nubes que rompiese la monotonía de pureza tan grande. A medida que la salud volvía, sentía necesidades de sensaciones más fuertes. Ahora pasaba horas mirando la rama verde; habría querido verla brotar, desarrollarse y mandarles ramos hasta su cama. Ya no le satisfacía, no hacía más que exasperar sus deseos, hablándole de esos árboles cuyos profundos llamamientos oía, sin que pudiese distinguir sus copas. Constituían un eterno cuchicheo de hojas, un murmurio de corrientes aguas, un batir de alas, toda una alta voz prolongada, vibrante.

—Cuando puedas levantarte—decía Albina,—te sentarás delante de la ventana... ¡Verás qué hermoso jardín!

El cerraba los ojos y murmuraba:

—¡Oh, ya lo veo, ya lo escucho!... Sé en dónde están los árboles, en dónde las aguas y en dónde nacen las violetas.

Después continuaba:

—Pero lo veo mal, lo veo sin luz... Necesito sentirme muy fuerte para poder ir hasta la ventana.

En otras ocasiones, cuando le creía dormido, Albina desaparecía durante horas enteras. Y, cuando volvía, le encontraba con los ojos brillantes de curiosidad, devorado por la impaciencia. Y le gritaba:

—¿De dónde vienes?

Y la cogía por los brazos, le tocaba las faldas, el corpiño, las mejillas.

—Hueles a toda clase de cosas buenas... ¿No? Has andado sobre la hierba.

Ella se reía y le enseñaba sus botinas húmedas por el rocío:

—¡Vienes del jardín! ¡Vienes del jardín!—repetía embelesado.—Ya lo sabía. Cuando entraste, tenías la apariencia de una gran flor. Me traes todo el jardín en tu vestido.

Y la mantenía a su lado y la aspiraba cual si fuese un ramo. Volvía a veces con zarzas, con hojas, y con tallitos de hierba prendidos a su ropa. Entonces Sergio le quitaba todo aquello y lo escondía bajo la almohada, cual si fuesen reliquias. Un día le llevó un manojo de rosas, y tan conmovido se sintió, que se echó a llorar. Besó las flores y las acostó con él, en sus brazos; pero cuando se marchitaron, tuvo tan gran pena, que prohibió a Albina que cogiese otras. Preferíala a ella, tan fresca, tan embalsamada; no se marchitaba nunca, conservaba siempre el perfume de sus manos, el olor de sus cabellos, el de sus mejillas. Acabó por enviarla él mismo al jardín, recomendándole que no subiese antes de una hora.

—De este modo—le decía,—tengo sol, aire y rosas hasta el día siguiente.

A veces, al verla llegar, jadeante, la molía a preguntas... ¿Qué senda había tomado? ¿Se había internado bajo los árboles, o había seguido el lindero de los prados? ¿Había visto nidos? ¿Habíase sentado tras de un agabanzo, o bajo una encina, o a la sombra de un macizo de chopos? Y luego, cuando ella contestaba, cuando trataba de darle explicaciones sobre el jardín, Sergio le llevaba la mano a la boca.

—No, no, cállate—le decía.—Hago mal; no quiero saber... Prefiero ver por mí mismo.

Y volvía a caer en su acariciado ensueño por aquellas vegetaciones que sentía tan cerca de él, allí a dos pasos. Durante muchos días tan sólo vivió de aquella ilusión. Al principio—decía—veía el jardín con más precisión y claridad, y a medida que iba adquiriendo fuerzas, su ensueño se turbaba con la afluencia de la sangre que caldeaba sus venas. Experimentaba crecientes incertidumbres; no le era dado decir si los árboles estaban a la derecha, si las aguas corrían al fondo, si los grandes peñascos no se amontonaban bajo las ventanas. Y hablaba solo, en voz muy queda. Sobre los menores indicios fundaba planes maravillosos, que el canto de un pájaro, un crugir de rama seca, un perfume de flor, hacíanselos modificar, para plantar en lugar suyo un macizo de lilas, para reemplazar más allá un prado de césped por acirates. A cada momento dibujaba un nuevo jardín, con grandes risas de Albina, cuando llegaba a sorprenderle.

—No es así, te lo aseguro. No te lo puedes imaginar. Es más hermoso que todo cuanto has visto de hermoso... No te rompas la cabeza. El jardín es mío y te lo daré. No temas, que no se irá de aquí.

Sergio, que ya había tenido miedo a la luz, experimentó una inquietud, cuando se sintió con fuerza bastante para ir a acodarse a la ventana. Y cada noche repetía: "Mañana". Y se volvía hacia la pared, temblando, cuando volvía Albina y le gritaba que olía al ojiaquito y que se había

arañado las manos al abrir un agujero en un seto para traerle todo el olor. Una mañana, hubo de tomarle bruscamente en sus brazos, llevóle casi hasta la ventana, le sostuvo y le obligó a mirar.

—¡No eres poco cobarde!—le decía con su sonora risa.

Y movía una de sus manos en todas las direcciones del horizonte, repitiendo con ademán de triunfo, rebosante de tiernas promesas:

—¡El Paradou! ¡El Paradou!

Sergio, sin hablar palabra, miraba.

IV

Un mar de verdura, enfrente, a derecha e izquierda, por todas partes. Un mar rodando su marejada de hojas hasta el horizonte, sin el obstáculo de una casa, de un lienzo de pared, de un polvoriento camino. Un mar desierto, virgen, sagrado, ostentando su bravía dulzura en la inocencia de la soledad. Únicamente el sol penetraba allí, se espaciaba en manto de oro sobre las praderas, enfilaba las calles de árboles con la corriente de sus rayos de oro, dejando prender sus finos y fulgurantes cabellos y bebía en los manantiales con su blando labio, que humedecía el agua con un estremecimiento. Bajo aquella polvareda de llamas, el gran jardín vivía con extravagancia de bestia feliz, soltada en el confín del mundo, lejos de todo, en completa libertad. Era aquello un desenfreno tal de hojarascas, una marea de hierbas tan desbordante, que se sentía como escondido de un extremo a otro, inundado, anegado. Tan sólo verdes cuestas, tallos con surtidores de fuente, masas ensortijadas, cortinajes de selvas herméticamente corridos, mantos de plantas trepadoras arrastrándose por la tierra, oleadas de ramajes gigantescos, inclinándose en todas direcciones.

Apenas se podía reconocer, bajo aquella formidable invasión de la savia, el antiguo diseño del Paradou. En frente, en una especie de inmenso círculo, debía de encontrarse el jardín, con sus fuentes desfondadas, sus estatuas por el suelo, cuyas blancuras se distinguían en el fondo de los oscuros céspedes. Más allá, tras la línea azul de una cascada, se ostentaba una confusión de árboles frutales; más lejos todavía, un oquedad hundía al pie sus matorrales violáceos, rayados de luz, una selva otra vez virgen, cuyas cimas se escalonaban sin término, manchadas de verde amarillo, de verde pálido, del potente verde de todas las esencias. A la derecha, el bosque escalaba las alturas, plantaba pequeños pinares; y acababa con raquílicas malezas, mientras que las peladas rocas amontonaban una pendiente enorme, un desplome de montaña que obstruía el horizonte; ardorosas vegetaciones hendían el suelo; plantas monstruosas inmóviles en el calor, como reptiles aletargados; un hilito de plata, una salpicadura que se asemejaba a lo lejos a una polvareda de perlas, indicaba una cascada, el origen de aquellas aguas tranquilas que rodeaban con indolencia tanta el jardín. Por último, a la izquierda, el río se deslizaba en medio de vasta pradera, en donde se dividía en cuatro arroyuelos, cuyas caprichosas ondulaciones se seguían bajo los cañaverales, los sauces y por detrás de los grandes árboles, hasta perderse de vista; campos de verdura, extendían la frescura de los terrenos, un paisaje bañado por húmedo vapor azulado, una claridad de día fundiéndose poco a poco en el verdoso azul de occidente. El Paradou, el jardín, el bosque, los peñascos, las aguas, los prados, ocupaban toda la extensión del cielo.

—¡El Paradou!—balbuceó Sergio abriendo los brazos como para estrechar el jardín entero contra su pecho.

Se tambaleaba y Albina tuvo que sentarlo en un sillón. En él permaneció dos horas sin hablar. Con la barba apoyada en las manos, miraba. A veces sus párpados se movían y una rojez le subía a las mejillas. Miraba lentamente, con profunda admiración. Aquello era sobrado vasto, sobrado complicado, sobrado fuerte.

—No veo, no comprendo— exclamó tendiendo las manos a Albina, con ademán de suprema fatiga.

La joven se apoyó entonces en el respaldo del sillón y, cogiéndole la cabeza, le obligó a mirar de nuevo, diciéndole a media voz:

—Es nuestro y nadie vendrá. Cuando estés curado, nos pasaremos allí. Tendremos por donde andar toda la vida. Iremos a donde te plazca. ¿A dónde quieres ir?

Sergio sonreía y decía en voz queda:

—¡Oh! no lejos. El primer día a dos pasos de la puerta. Llegaría a caerme... Mira, iré allí, bajo aquel árbol junto a la ventana.

Y ella repuso con dulzura:

—¿Quieres ir al jardín? Verás los macizos de rosas, las grandes flores que se han apoderado de todo, hasta de las antiguas alamedas que plantan con sus ramilletes. Tal vez prefieras el huerto, en el que no puedo entrar sino a gatas, por tal modo las ramas crujen bajo los frutos... Iremos más lejos todavía, si te sientes con fuerzas. Iremos hasta la selva, a los sombríos agujeros, muy lejos, tan lejos, que nos quedaremos a dormir fuera, cuando la noche venga a sorprendernos... O bien, una mañana, subiremos allá arriba, por encima de aquellas rocas. Verás plantas que me causan miedo. Verás los manantiales, una lluvia de agua y nos divertiremos recibiendo el polvo en la cara... Pero si te gusta más andar a lo largo de los setos, a la orilla de un arroyo, será menester tomar por las praderas. Se está divinamente bajo los sauces, la tarde, al ponerse el sol. Se tiende uno sobre la

hierba y se ven las verdes ranillas saltar sobre los tallos de los juncos.

—No, no—dijo Sergio,—me cansas, no quiero ver tan lejos... Andaré tan sólo dos pasos, y será mucho andar.

—Ni yo—continuó Albina,—he podido todavía recorrerlo todo. Muchos rincones hay que me son aun desconocidos. Después de los años que hace que por allí me paseo, adivino que hay sitios desconocidos a mi alrededor, parajes en que la sombra debe de resultar más fresca, la hierba más blanda... Escucha, siempre me he imaginado que hay uno, sobre todo, en que querría pasar toda la vida. Se halla con seguridad en alguna parte; he debido de pasar a su vera, o tal vez se oculta tan lejos, que no he llegado hasta él en mis frecuentes correrías... ¿No te parece? Le buscaremos juntos, Sergio y viviremos allí.

—No, no cállate—balbuceó el joven.—No comprendo lo que me dices. Me haces morir.

Albina le dejó un instante llorar en sus brazos, inquieta, desolada, por no dar con las palabras que le pudiesen calmar.

—¿No es pues el Paradou tan hermoso como lo habías soñado?—siguió preguntándole.

Sergio apartó el rostro y contestó:

—Yo no lo sé. Era muy pequeño y he aquí que va creciendo siempre... Llévame, ocúltame.

Albina le volvió a la cama, tranquilizándole como a un niño, adormeciéndole con una mentira.

—Pues bien, no, no es verdad, no hay tal jardín. Es un cuento que te he contado. Duerme tranquilo.